

REFLEXIONES EN TORNO AL "SUNAMITISMO"

POR

CONCEPCIÓN GONZALO RUBIO

*A mi padre, que me ha enseñado el camino
de la eterna juventud.*

LA preocupación del hombre por el hombre ha sido la vía por la que ha discurrido la más noble generosidad. De hecho, y desde un punto de vista católico, es la praxis del principio evangélico "amaos los unos a los otros". Pero al pasar esa preocupación del plano normativo religioso al cumplimiento social regido por imperativos sociológicos en los que mandan la técnica y la economía, el hombre y su destino vital se han despersonificado en gran medida.

Estamos en la época en la que el cienticismo trata de encontrar la causa de todos los efectos, explicar todos los porqués, y así surgen cada día y en todas las ramas del saber nuevas clasificaciones de los fenómenos y de las cosas. Este quehacer, orgullo de nuestra brillante época, cuando se proyecta al estudio del hombre, acarrea una problemática no bien estimada.

El sociólogo, el médico, el biólogo al estudiar al hombre lo clasifica. Pero al clasificarlo, diferenciarlo y agruparlo ha atentado ya contra el principal derecho humano, que es la individualidad.

Si las infinitas clasificaciones que se hacen de los hombres según su raza, sexo, estado físico, etc., sólo tuvieran un valor expositivo, serían verdades absolutas y como tales, no discu-

tibles. Desgraciadamente todas esas clasificaciones conllevan inherentemente una cualificación del grupo y con ello una dinámica, un actuar *per se* y una respuesta social.

Señala el Profesor Llaveró¹ que "la vida del hombre cursa como un *continuum* más o menos accidentado o saltatorio, y cuya curva permite, en buena sistemática, *mutatis mutandi*, deslindar, empíricamente, cuatro etapas principales: *temprana*, *media*, *penúltima* o *tercera edad* y *última*, todas ellas con particularidades diversas, muy individualizadas". Nosotros, en el presente trabajo, vamos a fijarnos en esta tercera edad, por la que actualmente revistas, libros, incluso programas de los recientes partidos políticos surgidos en España muestran una evidente preocupación que rompe lo que Simone de Beauvoir llama "conspiración del silencio" en torno a la vejez.

El hombre adquiere conciencia del inicio de ésta cuando siente cierta impotencia física o síquica ante actos rutinarios que no es achacable a enfermedad. Gráficamente muchos proyectos dicen: "Noté que me empezaba a hacer viejo el día que no pude subir las escaleras de mi casa de dos en dos peldaños, y eso fue hace ocho, diez, quince años". Legal, laboral o administrativamente le califican como tal por el mero hecho de alcanzar una edad determinada. Y sentimental o afectivamente le hacen viejo cuando se convierte en un objeto que la familia tiene que cuidar o del que tranquilamente se desprende porque se convirtió en un estorbo.

Según esto, y siguiendo las clasificaciones en uso, recordaremos los dos grupos de viejos que suelen establecerse. A) Personas que se sienten viejas, que presentan una senectud acelerada y precoz debida a diferentes causas biogénicas y psicoespirituales. B) Personas a las que la sociedad califica como tales, jubilados y pensionistas, que pueden verse sorprendidos por tal denominación precisamente cuando se encuentran en la plenitud de sus posibilidades.

La historia contemporánea abunda en ejemplos ilustra-

¹ Conf. Llaveró, *El hombre y sus cuatro edades*, en Monografías Médicas. I Congreso Nacional de Geronto-Psiquiatría Preventiva, pág. 14 ed. Liade. Madrid 1972.

tivos de este último caso. Nos dice Simone de Beauvoir ² que “la vieillesse de Goya a été non seulement une ascension vers une perfection de plus en plus grande, mais un constant renouvellement”. Citar a Picasso, Pablo Casals, Bertrand Russell o Juan XXIII sería casi tópico. Los individuos componentes de este segundo grupo, cortados radicalmente de su actividad vocacional se ven desajustados, afectados por una especie de vacío existencial de pésimas consecuencias para nuestra sociedad. Esto pone de manifiesto la problemática citada anteriormente que supone el seguir en una ciencia sociobiológica las pautas que marca una clasificación que, al ser agrupativa, olvide al individuo como tal. Por ello aplicamos ante la aparición del nuevo concepto de *edad funcional* que estima en el individuo no simplemente su edad biológica, sino “su capacidad real para dar respuestas útiles y efectivas a los problemas de su tiempo” ³.

Si ya Demócrito definía la salud como la armonía de todas las relaciones humanas con el ambiente, ¿cómo podremos salvaguardar ese bien inestimable, si al hombre que se siente ya viejo se le exige lo mismo que al maduro, y al maduro “no viejo”, que sobrepasó la edad reglamentaria para el desarrollo de su actividad, le segregamos al pasivo papel de jubilado? Y es más, dicha segregación no se limita al simple cese de actividad. Nuestra sociedad actual, regida por imperativos de producción-consumo, se despreocupa de estos seres poco interesantes, económicamente hablando, y las soluciones que se llevan a cabo, creaciones de asilos, ciudades de ancianos, casas de retiro, etc., lejos de resolver el problema del aislamiento, vienen a crear una especie de *ghetto* en torno a ellos. Si la O.M.S. estima que la salud es el estado no sólo de ausencia de enfermedades, sino de bienestar físico, mental y social, con el proceder de la sociedad en sus tecnificadas normas, al viejo trata de ofrecerle, en el mejor de los casos, una vida material agradable (que la mayoría de las veces no consigue), pero le aniquila mental y socialmente.

* * *

² S. de Beauvoir, *La vieillesse*. Gallimard. París, 1970 (pág. 430).

³ G. Elorriaga, *La edad funcional*, en *Tribuna Médica*, nº 714 (24-VI-1977).

En cierta ocasión, hojeando uno de tantos trabajos de gerocultura y geriatría que pasan por mis manos, por mi condición de "médico-consorte", me llamó la atención una especie de neologismo que, como antigua alumna de semíticas, no pude pasar por alto. El autor proponía la denominación de *sunamitismo* para definir un hecho que nuestra civilización está olvidando: que los viejos necesitan la compañía de los jóvenes. Veamos el origen del término en su propia fuente.

En los cuatro versículos que encabezan el primer libro de los Reyes leemos ⁴: "Era ya viejo el rey David, entrado en años, y por más que le cubrían con ropas, no podía entrar en calor. Dijéronle entonces sus servidores: "Que busquen para mi señor, el rey, una joven virgen que le cuide y le sirva; durmiendo en su seno, el rey, mi señor, entrará en calor". Buscaron por toda la tierra de Israel una joven hermosa, y hallaron a Abisag, sunamita, y la trajeron al rey. Era esta joven muy hermosa y cuidaba al rey y le servía, pero el rey no la conoció." Como comentario a estos versículos, el P. Rodríguez Molero ⁵ formula las siguientes observaciones: "David tenía ya setenta años. Su prematura senilidad se explica por las muchas guerras y preocupaciones domésticas que inquietaron su vida. Hacía ya algún tiempo que guardaba cama, y las ropas no le calentaban, aparte de dormir vestido, según el uso oriental. Los *servidores* son los ministros o los médicos... El remedio de traerle una jovencita como enfermera y esposa era usual en la antigüedad: lo prescribe Galeno (*Methodus medicus*, X, 7, 7), y Keil cita un caso semejante con Federico Barbarroja. En la medicina antigua se llamaba "geroboskia" o "gerokomia" (= *cuidado del anciano*). Sunam, hoy Sulam, era una pequeña aldea, frente a Gelboé, en la parte oriental de la llanura de Esdrelón, en el distrito de Isacar. Algunos identifican a Abisag con la Sulamita del Cantar. Abisag se redujo al papel de enfermera; el rey no la conoció íntimamente por su debilidad senil. De derecho era concu-

⁴ *Sagrada Biblia*, B.A.C., Madrid, 1964, pág. 337.

⁵ Francisco X. Rodríguez Molero, S. I. *La Sda. Escritura, Texto y comentario*, B.A.C., Madrid, 1968, pp. 539-540.

bina real. El número de mujeres de David fue 18: 8 esposas y 10 concubinas”.

Prescindiendo de las interpretaciones alegóricas ⁶ que se han formulado en torno al pasaje, hay un hecho evidente: que el pueblo judío, que tanto respetó a la vejez, lejos de aislar al rey anciano, le procuró compañía joven, considerando, sin duda, que era el remedio más acertado para el declinar de una personalidad gloriosa.

Podemos encontrar también, en la figura de Cicerón, un entusiasta partidario del *sunamitismo* cuando exclama ⁷: “Pues así como los ancianos sabios se deleitan con los jóvenes dotados de buena indole, y el respeto y amor que la juventud les guarda les hace más llevaderos los años, así también los mozos gustan de las enseñanzas de los viejos, que los encaminan a la práctica de las virtudes”. Y más lejos añade ⁸: “¿Qué cosa hay, en efecto, más agradable que una vejez rodeada de una juventud afanosa de aprender”?

Es evidente que para conseguir el equilibrio emocional y evitar el deterioro físico de los ancianos no se les puede arrinconar ni aislar en permanente convivencia con otros viejos, pues esto les empuja a la apatía, negligencia, desaseo e irritabilidad. El limpio se convierte en sucio, el amable en huraño, el confiado

⁶ San Jerónimo se resiste a aplicar a este pasaje un sentido meramente literal, y busca una interpretación alegórica, espiritual, en su carta a Nepociano, presbítero (nº 5 de la edic. de la B.A.C., trad. de D. Ruiz Bueno). “¿No te parece —le dice— que, de seguir aquí la letra, que mata, tendríamos el argumento de un mimo o una farsa atelana? El viejo helado se envuelve en ropas y, si no es con los abrazos de una moza, ¡no logra entrar en calor!... Pues ¿quién es esta Sunamita, casada y doncella, tan ardiente que podía calentar al frío, tan santa que no provocara la pasión del ya caliente? Explíquenos el sapientísimo Salomón los regalos de su padre, y el que fue rey pacífico cuéntenos los abrazos del varón guerrero: “Posee la sabiduría, posee la inteligencia... No la abandones y ella te asirá; ámala y ella te guardará. Principio de la sabiduría: Posee la sabiduría y, a todo trance, adquiere la inteligencia. Rodéala y te exaltará; hónrala y te abrazará, para que dé a tu cabeza corona de gracias y una corona de deleites te proteja” (Prov 4 ⁵⁻⁹).

⁷ Cicerón, M. Tulio, *De la vejez*. Texto, trad. ord. y vers. de E. Valentín Fiol. Bosch. Barcelona (pág. 57; VIII, 26).

⁸ Id., pág. 57, IX, 28.

en envidioso, el generoso en egoísta. De ahí que en diversos centros creados en Estocolmo, Viena, etc., se estén intentando experiencias que podríamos agrupar bajo el denominador común de *sunamitismo*: Para impedir que la edad de los huéspedes funcione como elemento marginante, se albergan al mismo tiempo en dichos centros diversos tipos de ciudadanos, estudiantes, obreros, etc.

Curiosa resulta también la solución dada en Hungría a la soledad de los ancianos. Cuando estos poseen una vivienda amplia, pueden establecer un contrato con parejas jóvenes que no la tengan, las cuales se ocuparán del propietario a cambio de disponer de parte del alojamiento ⁹.

En Francia, en la *Maison de Jeunes et de la Culture* de Metz-Woippy, se han organizado por primera vez reuniones con ancianos que fueron el punto de origen de la creación del *Club de la tercera edad*.

Por último, y en un terreno diferente, el de la actividad profesional, me interesa recordar la idea lanzada por Sauvy de las "jerarquías paralelas". Los cargos directivos, que requieren gran resistencia física y síquica, serían cedidos a los jóvenes; pero paralelamente se crearían puestos de consejeros, administradores, etc., que serían dedicados a los cuadros superiores que sobrepasaran los sesenta años. Con la aplicación de esta fórmula se aunarían muy positivamente la experiencia de los unos y la mayor resistencia de los otros ¹⁰.

Si el hombre se realiza en su trabajo y en su función social, la persona que alcanza la tercera edad ha de seguir ese camino.

Escuchando a un viejo se consigue en él la extraordinaria transformación del rejuvenecimiento, a la par de que, quien escucha recibe la insuperable lección de la experiencia. Sólo con ponerle en compañía de jóvenes, sus hábitos de aseo, limpieza, etc., se conservan e incluso se aumentan. Haciéndole ver y sen-

⁹ S. de Beauvoir, op. cit., pág. 595.

¹⁰ Conf. Paul Paillat, *Sociología de la vejez*, col. Que sais-je?, en castell. edic. Oikos-tau. Barcelona.

tir que sigue perteneciendo a la sociedad y que ésta no le segregará jamás, se sentirá confiado, optimista y generoso.

Si el sunamitismo se impusiera como práctica, casando a las edades, el hombre alcanzaría el esplendor de la convivencia y se llegaría al perfecto estado de salud social al conservarse la armonía de todas las relaciones humanas. Demos al viejo las posibilidades que al joven; ofrezcámosle ayuda cuando la necesite; pero no le quitemos su valor y potencia social porque le necesitamos, y relegarlo a la pasividad es negarnos a nosotros mismos, que somos lo que ellos con su esfuerzo lograron de nosotros.